

## ROMBOS

A MIGUEL ANGEL,  
*viajero sereno de la noche,  
la vida, los cafés.*

Es curioso que hayamos decidido tácitamente reunirnos siempre en este viejo café, en el que hace ya dos años, entramos una tarde para enterarnos de una vez de lo que había escrito Rombos. La verdad es que a todos nos pareció un poco cursi, y cuando llegaba en su lectura a los trozos más dulzones casi sentíamos vergüenza. Sin embargo, tenía tanto interés en que le escucháramos —se le notaba desde hacía varios días— que por lo menos esa tarde nadie le dijo nada, y acabamos brindando hipócritamente por la calidad de sus versos. Rombos tenía los ojos aguados y estaba muy colorado. Hoy estará ahí dentro, al lado de la ventana, con su palidez de siempre.

El caso es que aquellas cuartillas de Rombos fueron la causa directa de que empezásemos a pasar horas y horas en el Café Rodin. Y dos años después Sara sigue siendo inalcanzablemente hermosa y solitaria. Habla poco, pero todos sabemos, tal vez por la manera que tiene de mover los ojos, que siempre está extraordinariamente atenta a lo que ocurre. Un día nos contó que su madre había abandonado la casa donde vivían cuando ella tenía doce años, para irse con uno de los actores de la compañía en que trabajaba. Naturalmente su padre y luego alguna tía o alguien así hasta que empezó a trabajar en aquella librería.

Muevo la silla y apenas se oye el ruido de la madera, por los gritos que dan Pedro y el Negro enzarzados, una vez más, en su eterna discusión sobre los extraterrestres. El Negro se ha reído mucho de las teorías de Pedro sobre la enorme soberbia de los hombres que piensan que son los únicos habitantes del Universo. Siempre me ha maravillado la elegancia del Negro. Hoy ha venido con un chaleco de terciopelo rojo y un pantalón de pana gris, y está fumando con las piernas cruzadas, moviendo su brillantísimo zapato derecho. Mira indiferente a la calle mientras lanza sus ataques contra la «ingenuidad de Pedro y su pueril necesidad de misterio». Es gracioso contemplar las diferencias de temperamento entre los dos. Pedro no deja de moverse y gesticular dando gritos.

Me siento entre Sara y Marta, Rombos me da una palmada en la rodilla y pido una jarra de cerveza mientras aspiro la mezcla de perfumes que desprenden las mujeres, y tal vez el Negro. Rombos está hoy más pálido que de costumbre y tiene unas cuartillas en la mano. Querrá leernos algo, seguramente. Hay que tener mucho cuidado con lo que se le dice, porque cualquier ambigüedad puede parecerle burlona. Es mejor dejar que él mismo se decida, y sabemos que al fin lo hará.

Dejamos que las voces, cada vez menos interesadas en lo que dicen, de Pedro y el Negro se mezclen con esa cancioncita de Ray Charles, y el humo de los cigarros y la tarde que va deslizándose ahí fuera, que hace que cada vez sean más necesarias las luces prematuramente encendidas. Se está tan bien aquí. Tan cálidamente situados y sobre todo poder mirar largamente a Sara, que sabe que hace tiempo que la miro así, pero esos levisimos pliegues de sus ojos expresan una vaga negativa, algo que le impide aceptarme, algo que no pudiera superar, y esa mirada es como una desconsolada súplica de que no continúe mirándola así, pero es tan difícil, viéndola ahí sentada todos los días.

Rombos, decididamente, va a empezar a leer, y por fin Pedro y el Negro se han dado cuenta y se callan.